

Intervención del Vicepresidente del Parlamento europeo Alejo Vidal-Quadras con motivo de la inauguración oficial en el espacio Mariana Pineda del edificio Louis Weiss de Estrasburgo del busto de la heroína donado por el Ayuntamiento de Granada, el 23 de noviembre de 2010.

Queridos Colegas, Querido Alcalde, Queridos amigos y amigas:

Mariana de Pineda, que no alcanzó a vivir entero el primer tercio del siglo XIX, heroína de la libertad y la lealtad, da nombre (por iniciativa de la eurodiputada española María Izquierdo y con el patrocinio del entonces Presidente del Parlamento Patrick Cox) a este magnífico espacio de recepción protocolaria donde no sólo el presidente del Parlamento Europeo recibe a las más altas autoridades que visitan nuestra Casa, sino que es también puerta simbólica de la Europa unida. Cuando un nuevo Estado-Miembro atraviesa por primera vez este umbral sin duda se siente reconfortado por el lema que inspiró la vida de Mariana de Pineda, y que la llevó a la muerte: Libertad, Igualdad y Ley.

Este espacio se ve hoy enriquecido gracias a la generosidad del Ayuntamiento de Granada, ciudad donde vivió y murió Mariana, por el rotundo y expresivo retrato en bronce surgido de la mano del maestro escultor Eduardo Carretero, artista de gran intuición plástica a la hora de dar forma a la materia, retrato que capta magistralmente la firmeza de carácter y la férrea determinación de nuestra heroína.

Pero ¿quién fue realmente Mariana de Pineda? Como es habitual en los personajes transformados en símbolo y leyenda, hay dos visiones consagradas de esta mujer memorable: una viene de la mano de la historia y otra de la literatura.

Proscrito su recuerdo durante mucho tiempo, éste se refugió en la rica tradición oral de los romances populares, ganando en fama y significado y convirtiendo en historia de amores lo que fue un drama político. Un siglo más adelante, reaparecida la tradicional desgracia española del enfrentamiento fratricida, otro granadino genial, Federico García Lorca, dio voz a la heroína porque, en sus palabras, “Mariana Pineda venia pidiendo justicia por boca de poeta”, tejiendo “con una fina malla de andalucismos” y los “tonos suntuosos del modernismo” lo que se había convertido en el arquetipo de la defensora de la libertad, pero mujer al fin: enamorada y víctima de un amante desdeñado.

La historia sin embargo nos habla de una activa participante de la convulsa vida política española de principios del siglo XIX, concretamente durante la llamada “década ominosa”, última del reinado de Fernando VII, decidida a defender la ilustrada causa liberal constitucionalista frente al absolutismo empeñado en perpetuar el Antiguo Régimen, incluso sacrificando su vida. Atrapada en el trágico juego de represión y conspiración, fue condenada a muerte por abanderar la defensa de los principios y derechos que todavía hoy rigen, o deberían regir, nuestra vida pública. Aun más, cuando se le ofreció salvar la vida a cambio de delatar a sus compañeros de conjura, en un acto lleno de coraje, renunció a la propia existencia en aras de un bien superior: la lealtad. Esa es la imagen que nos ofrece la historia: heroína de la libertad y la lealtad.

Y todo esto sucedió en un lugar casi mítico en el imaginario romántico: Granada, ciudad milenaria, trascendental para la historia de España, amalgama de culturas y musa evocadora de centenares de pintores y poetas. Granada representa la realidad española de su época, llena de contrastes y

trágicamente dividida entre una sociedad bienpensante y ultraconservadora, con añoranzas del pasado, (asistida por 23 parroquias, 3 monasterios, 16 conventos de frailes y 19 de monjas para una población de 60.000 almas), y otra radical y fieramente librepensadora. La presencia de artistas extranjeros que buscaban reflejar el costumbrismo hispano daban a la ciudad un cierto toque cosmopolita y la cercanía de Gibraltar proporcionaba una conveniente vía de entrada de las ideas renovadoras que venían de Europa al tiempo que hacían de ella un cálido refugio para los perseguidos por sus ideas y por sus actos.

Mientras Washington Irving retrataba una España pintoresca y exótica desde sus habitaciones en la Alhambra, Mariana de Pineda luchaba por imponer los principios que ya habían triunfado en la patria del escritor norteamericano de ascendencia británica, preparada la valiente granadina para vestir “la negra gargantilla de hierro de sus bodas con la muerte” en deslumbrante metáfora de García Lorca.

Hija de su tiempo y de su tierra, romántica ilustrada que tuvo el acierto de sustituir en su lema (Libertad, Igualdad y Ley) la ingenua y roussoniana fraternidad del lema de los revolucionarios franceses por el mucho más fuerte principio de legalidad, pilar básico de las modernas sociedades abiertas, cometió sin embargo los imperdonables pecados para la España de su época de ser mujer, liberal, lectora de franceses y amiga de ingleses y masones. Granadina, andaluza, española y vocacionalmente europea, mujer universal que perdura en el tiempo, Mariana de Pineda representa lo mejor de Andalucía, lejos de otras visiones localistas y fantasiosamente historicistas, desorientadas en el absurdo anclaje en otra cultura muy respetable pero distinta y ajena a la auténtica realidad andaluza, que es lo mismo que decir española.

Gracias pues, Ciudad de Granada, gracias, Sr. Alcalde, por recordarnos a través de este retrato de Mariana de Pineda, que existen valores por encima del mero interés particular, que la prosperidad, el imperio de la ley, la igualdad y la libertad que caracterizan a la civilización occidental se han construido gracias al tesón y a la entrega de un puñado de hombres y mujeres excepcionales. Nada mejor para honrar su memoria que seguir luchando por esos valores sin dar un solo paso en falso ni un solo paso atrás.